

INFORMACIONES

22 de octubre de 1977

ESPAÑA E IBEROAMERICA (I)

PLANTEAMIENTO DE UNA POLITICA EXTERIOR

Por Salvador BERMUDEZ DE CASTRO
(Director general de Política Exterior para Iberoamérica)

La afirmación tan reiterada de que Iberoamérica es una «constante» de la política exterior de España reposa sobre un hecho diferencial de todos conocido. Un idioma común, una traducción histórica compartida, la espiritualidad de una misma religión, la identidad en función de ciertos valores esenciales... configuran unas posibilidades de entendimiento y de interpretación mutua claramente superiores a las que potencialmente se nos abren en otras áreas geográficas.

Tal circunstancia constituye el punto de arranque y el fundamento último de cualquier planteamiento posible de la acción exterior de España en Iberoamérica, definiendo su carácter peculiar, y deslindándolo, en rigor, de otros planteamientos más convencionales al uso. En cuanto realidad tangible e inmediata, el hecho diferencial tiene la virtud de potenciar las expectativas —y paralelamente, la de agigantar las frustraciones—, sin que quepa limitar los efectos de la acción a los niveles habituales de interés, calculado y frío, que presiden los intercambios clásicos entre las naciones con afinidades menos marcadas.

EL HECHO DIFERENCIAL

Para definir el fundamento básico de la vinculación que establece esa realidad, es de todo punto acertado el hablar de «hermandad». Es evidente, por un lado, que se trata de naciones surgidas de un tronco común, que tras siglo y medio de vida independiente, han acumulado a la diversidad regional de origen, la rica experiencia de una andadura propia. Al igual que España, los países iberoamericanos son herederos de la vital riqueza institucional, cultural y ética de esos tres siglos de historia vividos en común. Pero ni una ni otros, como ocurre entre hermanos, somos realmente aquello que fueron nuestros comunes antepasados, sino evolucionadamente distintos.

Por otro lado, el vínculo que establece ese pasado y su lógica presencia multiforme en todas y cada una de las colectividades nacionales actuales, suscita una atención preferencial de unas a otras, pese a que no siempre vaya acompañada del conocimiento mutuo que fuera de desear. Atención no exenta de susceptibilidades y existencias especiales, como también ocurre entre hermanos, en su trato familiar cotidiano.

Importa subrayar ese rasgo diferencial de la hermandad, en cuanto que es la clave de la posibilidad potencial de unas relaciones bilaterales privilegiadas y la razón última de una interacción diplomática, que, en la práctica, desborda sus limitaciones formales tradicionales.

NUESTRA POLITICA IBEROAMERICANA EN LAS ULTIMAS DECADAS

Partiendo, como era obligado, de ese hecho diferencial y de las posibilidades que abre, nuestra política iberoamericana de las últimas décadas tropezó con el grave escollo de la falta de medios, tanto económicos como humanos. Consecuentemente, se concentró la acción en el plano cultural, subrayando los vínculos tradicionales con visión historicista y erudita, que con demasiada frecuencia incurrió en acentos declamativos y líricos.

En la práctica, nuestra respuesta política al reto de posibilidades que nos abría el mundo iberoamericano tuvo siempre un carácter parcial y coyuntural. Dentro de la escasez de recursos —o a causa de ella—, se buscó casi exclusivamente la proyección de España hacia América; de una España concreta, concebida a través de una interpretación no menos definida de su historia.

Las circunstancias políticas de la posguerra mundial y la de nuestro propio contexto interno, imprimieron unas limitaciones decisivas a nuestro despliegue iberoamericano. Se estableció como prioridad la atracción de personalidades y sectores que, por su gravitación política nacional, pudieran condicionar en favor de España a sus respectivos Gobiernos, buscando y logrando un apoyo efectivo en los foros internacionales. La bipolaridad que se impuso en la política mundial en aquellos años, como consecuencia de las crecientes tensiones entre las dos superpotencias,

deslindó con nitidez las áreas de influencia respectivas. En Iberoamérica, el Poder fue monopolizado casi sin excepción por los sectores conservadores, y hacia ellos se orientó nuestra acción. A cambio de respaldo político, se les servía una concepción del mundo y de la obra de España en América acordes, en líneas generales, con la suya y la de sus intereses.

La realidad iberoamericana fue evolucionando en los años posteriores, en la medida que otros sectores políticos y sociales tuvieron, si no acceso directo al Poder —como ocurrió en varias instancias—, sí facultades condicionantes claras. En el propio caso de España, década y media larga de impulso desarrollista y el acceso de nuevas generaciones a niveles de decisión, hicieron potencialmente posible un replanteamiento global de la acción iberoamericana. Sin embargo, ni conceptualmente se intentó la reorientación, ni se incrementaron los medios, sino en medidas de escasa significación.

Persistió el empeño culturalista y los esfuerzos siguieron concentrados en la preferente proyección de España en América, por más que variara el acento. En este sentido, se sustituyó la visión historicista y erudita por una cascada informativa, un tanto triunfalista, sobre las cotas alcanzadas por nuestro desarrollo económico, exhibiendo una capacidad industrial y tecnológica como símbolo de una nueva España, sin que apareciera clara la intención de incorporar dicha realidad y sus consecuencias a la formulación de una política iberoamericana paralelamente renovada. Desde el otro lado del Atlántico, se veía a España convertida en la «décima potencia industrial del mundo», al tiempo que se comprobaba que nuestra política seguía invariable en sus viejos esquemas de acción americanista.

Así, la nueva imagen informativa de una España emergida del subdesarrollo, si bien enorgullecía a nuestra emigración no política en tierras americanas, no conllevaba el lógico corolario de un replanteamiento de nuestra acción. Los viejos redutos conservadores siguieron considerándose los destinatarios de nuestro esfuerzo en América, en cuanto que la proyección histórica y cultural de España seguía inalterada en sus moldes acostumbrados. Los vastos sectores de opinión que se habían sentido indiferentes o en pugna con tales supuestos, quedaron marginados. Tan sólo los

esfuerzos individuales de algunos de nuestros americanistas más lucidos suplia, en el terreno de la vinculación personal, como gotas de agua en un marino de incomprensión, esa incapacidad de renovación política de cara al Nuevo Continente.

Oficialmente, seguíamos empeñados --dejando de lado las implicaciones ideológicas-- en una política de dudoso rendimiento y de costes mínimos, que ya había dejado de ser la única posible. En la práctica, esa realidad se tra-

ducía en el progresivo desencanto de los sectores de la Administración ocupados en quehaceres iberoamericanos, testigos impotentes ante el consecuente desprestigio que se iba acumulando a niveles de la opinión española. La ausencia de objetivos y de programas actualizados, forzosa a acciones erráticas y discontinuas, dispersamente ejecutadas por los distintos Departamentos, que siguieron funcionando sin el soporte de un conocimiento en profundidad de la realidad americana en la que operaban.